

Seudónimo EL ESCRIBA

## “Siboney”

Nunca convencerás a un ratón de que un gato negro trae buena suerte

GRAHAM GREENE

Cuando recibí el sobre lacrado con un impresionante membrete en letras doradas del bufete de abogados más prestigiosos de la capital invitándome a la lectura del testamento de la estirada de mi tía Elizabeth -característica acentuada con su paso postrero-, me ilusioné pensando en que mis actos de fingida sumisión habían dado sus frutos.

Concurrí con el traje “Príncipe de Gales”, regalo de tía para la ceremonia de entrega de mi título de bachiller, confeccionado por la famosa modista que la atendía. Hecho a la medida de mis veinte años, el viejo terno calzaba como un guante; una década después, un cambio radical en mi anatomía determinó que, para introducirme en él, realizara un sinfín de contorsiones mientras controlaba prudentemente mi amplitud respiratoria. A pesar de mis ingentes esfuerzos, no logré que el espejo me devolviera la otrora imagen elegante.

Como siempre había ocurrido con las invitaciones de tía, me acompañó mi madre, que se sentía indispensable para moderar mis arranques con su mirada represora. Durante el viaje en tren fui recordando aquellas visitas familiares.

*Cada miércoles mi madre me llevaba a casa de tía Elizabeth, la pariente rica de la familia para tomar el té a las cinco en punto de la tarde. Dos horas antes comenzaba un rito de baño y lavado profundo de orejas, corte de uñas con cepillado intenso y concluía al vestir las mejores ropas, limpias y recién planchadas.*

*Desde el momento en que mamá lograba derrotar con laca mis rebeldes pelos de punta y contemplaba a distancia el resultado de su labor —en su rostro se insinuaba una ligera señal de complacencia-, hasta que tocaba el timbre de la antigua mansión de tía, duraba su detallada perorata de recomendaciones para asegurar el éxito de la prosaica visita. Y el triunfo consistía en los diez duros que tía colocaba disimuladamente en mi mano cuando emprendíamos el regreso. Ese era el fin perseguido por mi madre durante esa tarde interminable; el producto obtenido pasaba a sus ávidas manos y servía para la provisión de prendas a mi exiguo y cambiante guardarropa. Crece demasiado rápido —decía—, y destroza los zapatos con esa porquería de pelota*

*La tortura duraba dos horas, bajo las miradas atenta de tía y censurante de mi madre, las que me obligaban a estarme quieto y contestar —cuando la dueña de la casa así lo requería—, con un ‘sí tía’ o ‘no, tía’, respetuosos y escuetos, que sólo podía alternar con lacónicos “gracias, tía”.*

*Ella acostumbraba a disertar -diría en forma exclusiva- acerca de una propiedad ubicada en una playa fuera del país; donde pasaba buena parte del año. Lo recuerdo por las numerosas veces que repetía el nombre de la finca, “Siboney”, y el del lugar, las Islas Vírgenes. En esa época jamás presté atención a su incansable verborrea, entretenido como estaba en mis experimentos de telequinesia: mirando fijamente la enorme araña suspendida encima de tía, enviaba al pesado artefacto mensajes telepáticos para que se*

*desprendiera del techo y trajera alivio a mi ánimo desolado. O enviaba ondas cerebrales a los numerosos anaqueles que nos rodeaban —hartos de tallas en marfil y figurillas de porcelana—, para que éstas se fueran deslizado hasta el borde y desde allí con el enorme poder de mi mente, se zambulleran y explotaran contra el suelo en mil pedazos. Otras veces me concentraba para que saltasen, los clavos de donde colgaban pinturas de antepasados gloriosos. Por supuesto, todas mis pruebas metafísicas estuvieron coronadas por el fracaso. Pero los esfuerzos realizados no pasaban desapercibidos por mi tía.*

*- ¿Qué le pasa al niño, dear? ¡Está muy colorado!*

*Finalizado el five o'clock tea, procedía a dictarme su refinada cátedra de urbanidad, en inglés, con resultados -por supuesto-, desesperantes para ambos.*

*El tren había llegado a Madrid y allí cogimos el autobús que nos llevaría al estudio. El zarandeo del vehículo no me impidió continuar recordando.*

*Luego de recibirme de bachiller, ingresé a una empresa de seguridad que me destinó a un supermercado y continué viviendo en casa de mi madre porque no estaba dispuesto a realizar las odiosas tareas domésticas. Además, ella disfrutaba atendiéndome.*

*Cuando me dirigía a mi trabajo cada mañana dedicaba varios minutos a contemplar el escaparate de una agencia de viajes. En él se destacaba un mural que me produjo -desde la primera ojeada-, una fascinación especial y un delicioso cosquilleo de placer. Era una fotografía magnífica donde el mar, de un azul intenso, llegaba en pequeñas olas hasta un arenal dorado que se extendía hasta el horizonte. Un cerco de palmeras cerraba el lugar, aislándolo del resto del mundo. En el centro y tendida en la playa solitaria, una mujer rubia de bronce fundido y ojos entrecerrados, permitía que el mar besara sus pies mientras aguardaba la llegada de su hombre y soñaba que él saciaba sus más íntimos deseos, estimulada por el calor del sol, la caricia del agua y la soledad del lugar.*

*La composición era simple y similar a tantas fotografías de lugares de veraneo. Pero ésa ejercía en mí el efecto hipnótico del ojo de la serpiente. Quizás porque cuando me enfrentaba a ella, no podía dejar de imaginar que esa mujer estaba pensando en mí y me aguardaba voluptuosa para concretar sus sueños. Que eran los míos.*

*Una mañana -después de más de un año de contemplar la fotografía a diario-, no pude contener la curiosidad y entré a preguntar qué lugar era ese.*

*- Es una playa de la isla de Tórtola. ¿Desea saber cuánto sale una semana en ese edén?-, me dijo un empleado con una mueca sonriente eficazmente cincelada en años de profesión.*

*- Sí, un edén... -le contesté distraído. Y agregué: - ¿Dónde queda?*

*- En el Caribe, al este de Puerto Rico. Es una de las Islas Vírgenes, las británicas - me respondió muy seguro y manteniendo la mueca.*

*¡Las Islas Vírgenes, “Siboney “, aquella charla monotemática de tía Elizabeth que tanto me aburría!*

*Apenas llegué a casa le dije a mi madre que extrañaba a la tía y deseaba visitarla. Así comenzamos a compartir con ella la ceremonia del té de mis días francos. Por primera vez escuché embelesado sus palabras con los ojos muy abiertos, ávido de descripciones, detalles e historias tanto de la isla como de la finca que exaltaban mi imaginación. En el final de la tarde, invariablemente, la tía se contagiaba de mi entusiasmo e iba en busca de sus prolijos álbumes de fotos donde exhibía, con inocultable orgullo, vistas de la mansión,*

*el parque y la playa privada que integraban “Siboney”, un extenso predio a diez minutos de Road Town, la única ciudad de la isla de Tórtola. Poco a poco aquel lugar imaginado iba tomando consistencia hasta convertirse en un paraíso que casi podía sentir.*

*Durante ocho años -en el tiempo que la tía permaneció en su casona de Madrid-, asistí puntual a innumerables veladas de té, loas descriptivas y fotos espléndidas. Me mostré interesado en su conversación, elogí la fascinación y poesía que emanaban de sus palabras, su buen gusto en el vestir, la delicadeza de las figurillas de porcelana, la belleza de los jardines de “Siboney” y el placer que sería recorrerlos.*

*El fin perseguido, mi idea fija, fue que ella me invitara a conocer su finca. Como mis elogios y decires no surtían el efecto deseado, comencé a expresar mi entusiasmo en forma más explícita: le hablé del gusto que para mí sería ocuparme de las compras en “Siboney”, hacerle de chofer, de cocinero, servirle de cualquier manera, con tal de asimilar con todos los sentidos, las sensaciones cálidas; salobres y lujuriantes de una isla tropical, tal como yo las imaginaba.*

*La amenidad de aquellas tardes se vio amenazada durante los últimos meses por la presencia insufrible de la flamante mascota de tía: un gato negro desvaído con pinta de atorrante, empeñado en desgarrar el único par de calcetines de marca que mi escaso sueldo me había permitido comprar. Llegué a la bajeza de alabar asiduamente al asqueroso animal.*

*Pero, mi vida estaba signada por el fracaso. De la misma forma que nunca había logrado un mísero desplazamiento en mis ensayos de telequinesia, tampoco pude conseguir de tía, una modesta insinuación para que la acompañase ni siquiera a la esquina.*

Llegados a destino, la secretaria nos condujo a un salón espacioso donde fuimos invitados a sentarnos. Mi decepción se fue incrementando a medida que ingresaban todos mis primos, palurdos y mequetrefes con veleidades aristocráticas.

El decano del estudio comenzó a leer el testamento con impostada voz en medio del silencio expectante de los ávidos oyentes. Luego de la clásica fórmula de estar “en pleno uso de sus facultades mentales”, tía me nombraba -por el evidente interés y el encantador cariño demostrado-, único heredero de “Siboney”. Me sentí un triunfador, un campeón del camelo; mi servilismo obsecuente había conseguido la recompensa codiciada. Mientras una carcajada me subía desde el abdomen como tambor subterráneo y se desbordaba en una tímida sonrisa frutiva, devolví las envidiosas miradas convergentes con una ojeada burlona a cada uno de mis rivales.

Cuando el mentado personaje continuó la lectura con la lista de herederos y sus correspondientes legados, ya me había trasladado a la playa de mis desvelos, disfrutaba de una brisa marina cálida y embriagadora, y acariciaba a la mujer rubia, que respondía con pasión a mis besos.

Algo me trajo a la realidad y me golpeó con fuerza. Eran las palabras del albacea, claras y precisas: “... debía alimentar a “Siboney” dos veces por día, llevarlo al veterinario una vez por semana...” Entonces recordé. ¡El maldito gato de tía Elizabeth, bautizado con el mismo nombre de la finca! La frustración debió reflejarse en mi cara, porque en ese momento mi madre me preguntó qué me pasaba, con el espanto reflejado en sus ojos.

Salí de la reunión con los ojos bajos -no quise levantar la vista para no percibir el brillo de burla de los demás parientes-, un gato asustado entre mis brazos y escoltado por mi madre, que miraba a los deudos victoriosos con furibunda envidia.

A partir del ingreso de “Siboney” en mi vida, comenzó un derrumbe progresivo de mi autoestima, de mis esperanzas: porque comprendí que todas mis energías las había utilizado en dar una imagen favorable a la tía Elizabeth y conseguir algo a cambio. Ni siquiera me había preocupado en estudiar, convencido de que ella aportaría la ayuda económica necesaria para permitirme salir de la mediocridad. Y había fracasado, tanto en vida de tía como en su muerte. Ni siquiera podía dormir tranquilo, porque una gigantesca tía Elizabeth había ingresado decidida a mis pesadillas más atroces, para señalarme con un dedo y revolcarse de risa.

Toda mi frustración se fue convirtiendo en odio hacia el animal, del que jamás me ocupé, excepto para patearlo cuando se cruzaba en mi camino. Al fin aprendió a respetar mis pies y mantuvo con ellos una distancia prudente, adecuada para su salud. La imagen de su cuerpo desgarbado y flaco, con ese horrible collar de cuero con una chapa de cobre donde el nombre “Siboney” me recordaba aquello que no había sido capaz de ganarme, me enfurecía. Y él lo percibía porque escapaba corriendo con los pelos del lomo erizados.

La buena relación con mi madre se fue deteriorando, comenzamos a discutir diariamente hasta que se hartó, decidió emprender un viaje y mantenerse alejada hasta tanto yo recuperase la cordura. Mi primera decisión cuando quedé solo, fue echar al gato de la casa: le cedí el jardín como vivienda.

Poco tiempo después me hallaba sumido en una profunda depresión, cercado por ropa sucia, platos pringosos con restos de comida podrida y ágiles cucarachas bien alimentadas diseminadas por toda la casa. El jardín -acorde a la situación general-, había trepado a la categoría de selva casi impenetrable; se encontraba diezmado de deposiciones de las numerosas amistades de “Siboney”, reunidas a diario en hordas multitudinarias para la celebración de correteos diversos acompañados por lascivos y sonoros conciertos, de preferencia nocturnos.

Decidí entonces consultar a doña Exilda, curandera diplomada por sus pacientes y a la cual mamá tenía una confianza ciega. Me escuchó muy atenta, recitó una extraña oración para curar el mal de ojo -bastante avanzado según su sabio entender-, y me aconsejó la segregación del pernicioso animal, ya que él representaba la frustración, todo lo negativo de mi vida. Al día siguiente se lo regalé a Cachivache -el decano de los vagabundos del barrio-, ya que era el único que diariamente compartía su comida con “Siboney”.

La medida fue acertada. A partir de allí comencé a ser más limpio y ordenado; tres meses después llevaba una vida bastante normal.

Una mañana, de repente, concluyó esta historia con un hecho que me provocó una aguda crisis de nervios y un posterior intento de acogotar a doña Exilda, motivo por el cual me encuentro internado sin visos de recuperación. Recibí dos postales que, por una diabólica casualidad, eran idénticas. No necesité mirar el matasellos para saber de dónde venían: aquella playa de arenas doradas, el cerco de palmeras resguardando el lugar, aquel mar de un azul tan profundo...

Leí la primera casi sin respirar:

“Por fin conocí la felicidad. Siempre soñé con visitar las islas, atraída por las continuas referencias de Elizabeth. Pero nunca me atreví porque pensé que me necesitabas. Lejos de casa, he recapacitado, comprendí que ya eres adulto y debes arreglarte solo.

Al principio te extrañé, después me fui acostumbrando a mi nueva libertad. Hago mucho ejercicio, bajé diez kilos, estoy bronceada y me teñí de rubio. No me reconocerías.

La felicidad de la que te hablo no está motivada sólo por el lugar. En uno de mis diarios paseos por estas playas mágicas, he conocido a Leonardo, un hombre maravilloso. Finalmente me pidió que compartiera su vida y hemos formado un hogar.

Deseo que te hayas recuperado y te sientas bien.

Muchos besos de

Tu madre.

P.D.: Creo que vas a tener un hermanito.”

La segunda postal -un galimatías con tachaduras y errores ortográficos que a duras penas pude descifrar-, expresaba lo siguiente:

“Estimado señor:

No sé si se acordará de mí, soy Cachivache, el hombre que pedía en su barrio. ¿Se acuerda del gato que me regaló? Nunca terminaré de agradecerse! Me trajo suerte y gracias a él estoy aquí.

Claro, usted se preguntará qué tiene que ver el animalito con todo esto. Mucho. Porque el gato estaba lleno de bichos, de esos que saltan y dejan ronchas, me entiende, ¿no? Entonces le quité el collar para ponerle un pulguicida. ¿A qué no adivina qué había dentro del collar? No, no lo va a adivinar. La llave de una caja de seguridad de un banco. Y en la caja de seguridad un pasaje para las Islas Vírgenes, buena pasta y el título de propiedad de una finca, Siboney, no sé si alguna vez habrá escuchado hablar de ella.

En la playa conocí a una rubia súper-fuerte con hambre atrasada. Se vino a vivir conmigo y la cosa va bastante bien. No me puedo quejar: ella se encarga de cocinar, lavar, planchar y limpiar. Me tiene como a un rey.

¡Ah, me olvidaba! Ya no soy más Cachivache. Vuelvo a llamarme como me puso mi vieja.

Muchas gracias por todo. Lo saluda atentamente.

Leonardo Martínez”

1° Premio del II Certamen Literario de Relatos Cortos “Villa de Cuéllar”

Autor: Ariel Alberto Díaz

Buenos Aires - Argentina